AÑO XV — BUENOS AIRES, 31 DE MARZO DE 1924 — N.o 115

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

Internacionalismo de la calumnia

La calumnia es un hábito moral en los adeptos del marxismo. Marx, obligado a defenderse de la crítica de los contrarios a su "materialismo histórico" y a justificar sus maniobras políticas para subordinar a la Asociación Internacional de los Trabajadores al partido por él fundado, no encontró otro recurso más eficaz que la diatriba, la cizaña y la delación. En esa forma combatió a Bakunin y atizó el fuego de la discordia entre los primeros internacionalistas, persiguiendo su beneficio personal a costa de los más caros ideales de la clase trabajadora organizada.

De esa herencia no renegaron los continuadores de Marx. Las primeras batallas del marxismo fueron rendidas en el terreno personal: se dirigieron contra los anarquistas, víctimas muchas veces de las delaciones de los elementos políticos interesados en que la reacción barriera con el movimiento obrero que reivindicaba el espíritu libertario de la primera Internacional y se oponía a las prácticas electorales y parlamentarias de la social-democracia.

Pero la política reclamó más tarde todas las actividades de los jefes socialistas. Se fueron paulatinamente aproximando al poder, obtuvieron la alternativa de los partidos burgueses y hasta se convirtieron en ministros y consejeros de los Estados capitalistas. El cambio de situación modificó el carácter de la lucha tendenciosa. El socialismo actuaba en esferas más altas y solo organizaba periódicas incursiones al movimiento obrero para reclutar votantes y conseguir el apoyo de los trabajadores en sus avances hacia el gobierno de colaboración.

Durante los últimos 25 años los jefes marxistas oficializaban sus ataques y persecuciones contra el anarquismo, ya apoyando en el parlamento las leyes de excepción o autorizando como ministros las medidas represivas contra el movimiento revolucionario substraído a su influencia. Por otra parte, la disputa por las bancas parlamentarias y por las prebendas ministeriales llevó al seno de los partidos socialistas la discordia y la intriga, sufriendo sucesivos desgarramientos y escisiones y dando al traste con la inflexible disciplina partidista. Y surgieron los grupos opositores, los partidos independientes, las fracciones cismáticas que pretendían encarnar la pureza de los ideales marxistas y sostenían su primogenitura como herederos legítimos de las doctrinas del maestro.

La "herencia" la recogieron los bolcheviquis. Es la más alta cualidad de Marx — la diatriba, la calumnia y la difamación —, la que reivindican para sí los sostenedores de la revolución rusa. Y el comunismo ruso, difundido por todas partes gracias a la influencia mágica de las palabras de orden de Moscú, infiltró en el movimiento obrero internacional el veneno de la discordia. Como en aquel período bochornoso que marcó el proceso de descomposición de la Primera Internacional, los continuadores del calumniado Carlos Marx recurren a las armas más bajas y a los procedimientos más indignos para destruír en el proletariado la fe en sus propios destinos y la esperanza de una pronta liberación.

Diariamente constatamos una nueva conspiración o una nueva calumnia difundida por la Internacional de los calumniadores. En Europa como en América, en todos los países donde la propaganda anarquista representa un obstáculo a las ambiciones de los políticos rojos, los agentes de Moscú siembran la cizaña y no trepidan en llegar a los extremos de la provocación con tal de conseguir sus fines.

En este país, imposibilitados de hacer otra cosa, obran de agentes provocadores y llevan la confusión al movimiento obrero en la esperanza de acrecentar sus escasos efectivos a costa de las fracciones contrarias. Pero en Francia, baluarte de los espías al servicio de Moscú, los comunistas de dictadura han puesto en práctica su "chequismo" para acogotar al proletariado e impedir violentamente toda oposición a sus torpes manejos políticos.

Una consecuencia de la dictadura bolcheviqui fueron los sangrientos sucesos desarrollados en el local de los sindicatos de París. La "checa" comunista asesinó a varios trabajadores que se oponían a que la sede de la C. G. T. U. se tranformara en un comité electoral. Pero los responsables de ese malón pretenden eludir las consecuencias de su acto y recurren a la mentira y a la calumnia en la esperanza de tergiversar los hechos.

Comentando la burda maniobra de los bolcheviquis franceses, el compañero Eusebio C. Carbó escribía en "Solidaridad Obrera" de Barcelona, en una correspondencia enviada de París, lo siguiente:

"Me interesa recoger y comentar muy brevemente tres afirmaciones, tan caprichosas como absurdas, de la hoja comunista.

1.a "Los autores de la tragedia fueron los anarquistas".

Una circunstancia de hecho basta para probar por sí sola que la imputación es calumniosa. Es esta: fuera del ángulo del local que ocupaban los minoritarios, y con ellos, naturalmente los anarquistas, no hay impactos de bala en ninguna parte.

¿Está claro?

2.a "Mannequin es un militante muy conocido del Partido Comunista".

Esto es ya la desfachatez elevada al cubo. He ido a la *Grange aux Belles*. He interrogado a sindicalistas, comunistas y anarquistas. Nadie conoce a Mannequin. Me he dirigido a los miembros de la directiva del Sindicato del Trasporte, al cual pertenece, y tampoco saben quién es.

El balance de aquella triste jornada fueron dos muertos y veinte heridos. Pues bien; de uno solo — de Clos — se atrevió a decir *L'Humanité* que era comunista. De uno solo, entiéndase bien. Y se fundaba, para afirmarlo, en que leía el órgano del partido.

Lo que no han podido descubrir los comunistas franceses lo inventan sin titubeos los comunistas españoles, que han probado de ese modo ser más papistas que el papa.

3.a "Los comunistas organizaron un mitin contra la ocupación del Ruhr y contra la política de Poincaré. Los anarquistas fueron allí para impedir que el Partido Comunista atacara a Poincaré y a la nación".

Es tan odioso, tan despreciable, tan vil lo que se insinúa, que sólo puede ser delecado en ciertos periódicos. Esto lo dicta el despecho por el fracaso de todo un plan. Esto no puede parirlo más que la mente enfermiza de un pobre hombre.

El mitin que tuvo lugar el día 11 de enero debió celebrarse el día 4 del mismo mes, para tratar del paro forzoso, de la carestía de la vida y del peligro que amenaza a la jornada de ocho horas.

Los minoritarios creyeron que estos asuntos eran de la competencia de la organización. Se dieron cuenta de que por el hecho de tratarlos un partido político en el mismo local de los Sindicatos, la C. G. T. U. quedaba suplantada y en condiciones de manifiesta inferioridad.

Dos días bastaron para que se generalizara el descotento entre los no sometidos a la disciplina del Partido. Hubo protestas apasionadas y ruidosas.

El partido comunista debía reconocer que eran justas cuando intentó dorar la píldora introduciendo dos números más en el programa: la política de Poincaré y la ocupación del Ruhr. De esto podían hablar cuanto quisieran los comunistas. Lo que estaban dispuestos a evitar los minoritarios, era que se ocuparan de problemas como el de las ocho horas, la carestía de la vida y el paro forzoso, que sufre la incumbencia de las organizaciones, y sobre las cuales un partido político, sea el que fuere, cuando habla en un Centro obrero, no debe tener ni la más remota jurisdicción.

Y es esto precisamente lo que no pudo digerir la "checa" del Partido, con Trene a la cabeza".

FRENTE UNICO...

...Y UNIDAD PROLETARIA

¿QUÉ ES LA ANARQUIA?

Todos los que han abrazado una idea con fe y con convicción, después de algún tiempo — esto es, después que han elaborado en sí la idea y la han hecho argumento de propaganda y de discusión entre los otros por un cierto período más o menos largo — son víctimas de una ilusión característica: hablan y obran como si todos los que les escuchan y observan estuviesen perfectamente informados sobre sus ideas.

Así sucede que son comprendidos solamente por un pequeño número de personas que ya los conocen, a lo más por un núcleo restringido de gentes ya convencidas. Los otros no saben nada, continúan viviendo a su lado, cooperando con ellos en muchas cosas, sin saber con precisión cuál es verdaderamente la idea que los anima y es el resorte íntimo de su actividad política y social.

Una manifestación de este fenómeno se encuentra en la propaganda que hacen muchos periódicos anarquistas que se difunden largamente en exposiciones y discusiones de asuntos muy secundarios, refiriéndose muy raramente a las ideas directivas, al objeto principal de la misma existencia del periódico.

Así sucede que los adversarios, y a veces muchos simpatizantes, cuando toman en sus manos un periódico anarquista, nunca logran comprender completamente nuestras ideas; porque nosotros, cuando escribimos, suponemos que estas ideas son ya conocidas en sus partes más importantes, y preferimos hablar de otra cosa: de actualidad, de argumentos polémicos, de desacuerdos internos, etc.

Se debe, al contrario, tener un poco más presente que los nueve décimos o más de nuestros más encarnizados adversarios y gran parte de los llamados simpatizantes no saben ni siquiera aproximadamente qué es la anarquía. ¡Y por desgracia no es raro el caso de que tampoco lo sepan algunos que se dicen anarquistas! Esos se la figuran y describen diferente de lo que es, y a menudo la creen todo lo opuesto. De aquí un grave daño, que se refleja sobre el resto de la propaganda, que resulta mal comprendida o del todo incomprendida.

De aquí la necesidad — sin descuidar, naturalmente, todos los otros asuntos más actuales y en relación con la vida cotidiana — de volver a repetir a menudo cuáles son las bases fundamentales del programa anarquista y lo que en realidad son y quieren los anarquistas. Los compañeros, aún los mejor informados sobre ésto, si no ganarán algo más para sí mismos, tendrán al menos un medio de propaganda elemental que les ahorrará el tiempo que empleaban en desarrollar siempre desde el principio los mismos argumentos; tendrán, ya que no otra cosa, un punto de partida para la discusión en su propaganda individual.

¿Los adversarios?... Los adversarios será bueno que nos lean. Tendrán, por lo menos, menores pretextos para atribuirnos, por comodidad polémica o por espíritu sectario, ideas que no tenemos.

Y si algún sablhondo viene a decirnos que repetimos siempre las mismas cosas —y en efecto, ¿qué es la propaganda sino la repetición constante de nuestras verdades? — nosotros le responderemos como cierto filósofo griego a un majadero que le importunaba de continuo. "Puesto que tú dices siempre las mismas necedades y caes siempre en los mismos errores, yo debo por fuerza repetirte siempre desde el principio las mismas advertencias y las mismas razones".

* * *

Anarquía todos lo saben, es una palabra que por su etimología griega tiene el significado de *sin gobierno*. Se llamaban anarquistas, antiguamente, los intervalos de tiempo entre la cesación de un poder y la formación de un poder nuevo.

Y ya que, desde antiquísimos tiempos hasta hace cuarenta o cincuenta años, nadie o casi nadie imaginaba que pudiese ser posible y deseable vivir sin algún gobierno, y la casi generalidad tenía temor porque creía que sin un gobierno la sociedad caería en el caos más espantoso, de aquí ha derivado el uso en sentido figurado de la palabra "anarquía", para significar desorden, confusión, etc.

De tiempo en tiempo, a través de los siglos, algún pensador aislado intuyó vagamente que tal vez los hombres estarían mejor sin gobierno. Filósofos griegos, chinos, árabes han llegado a tal conclusión. La leyenda, cantada por los antiguos poetas latinos, de la edad de oro en que los hombres vivían libres y sin leyes ni amos, es un indicio de que el alma humana ha tenido siempre una aspiración a la mayor libertad y veía el ideal, aunque creyéndolo inalcanzable, en una sociedad de libres y de iguales.

Pero se trataba, entonces, de fábulas artificiosas, con fondo religioso, de los poetas o de concepciones abstractas, distantes, como las primeras, de la vida real.

Tendencias anarquistas se han manifestado más tarde, a distancia de siglos, en los períodos más revolucionarios de la historia: por ejemplo entre los heréticos del Cristianismo, entre los utopistas del Renacimiento, entre las vanguardias extremas de la Reforma, entre las minorías más avanzadas de la Revolución Francesa, etc. Por lo demás, siempre que los pensadores y los poetas querían figurarse una sociedad perfecta o encaminándose hacia la perfección no podían eximirse de pensarla sin patrones y sin gobiernos.

Estas ideas y tendencias, muy vagas e imprecisas, y mezcladas a menudo a extravagancias inhumanas (como el comunismo de la mujer), hasta la primera mitad del siglo pasado eran consideradas fantasías de visionarios, paradojas fuera de la realidad, sueños. Poco antes, en el seno de la Revolución francesa, algunos habían empezado a precisar la idea de que el progreso consiste en la continua eliminación de la autoridad en las relaciones humanas y que el fin a alcanzar es una sociedad humana de libres, sin gobierno. Pero fué el pensador inglés Godwin el primero que desarrolló de modo claro y sistemático esa idea (1793).

Durante los cincuenta años que siguieron, la idea anarquista se hizo cada vez más camino, no todavía con este nombre preciso, sino en su significado que iba paulatinamente concretándose y tomando líneas determinadas.

Especialmente Furier (1829) desarrolló el concepto de que el hombre no podría perfeccionarse sino en el pleno y más libre desenvolvimiento de sus facultades, sin coerciones exteriores. Pero el pensamiento anarquista alcanza su madurez convirtiéndose en un programa de revolución social con Proudom, — el *padre de la anarquía* como lo llamó Kropotkin en el proceso de Lyon de 1882. Fué J. P. Proudhon el primero que aceptó como expresión de su pensamiento la palabra an-arquía (1840).

En el seno de la primera *Internacional de los Trabajadores* la idea anarquista, de concepción abstracta y polémica de pensadores convirtióse en programa de acción, de reivindicación y de renovación social de toda una parte notable de las masas trabajadoras.

Las revoluciones de 1848 y de 1871 fueron en cierto modo los experimentos a través de los cuales muchos trabajadores constataron cómo los medios autoritarios alejan en vez de acercar el fin de libertad y de igualdad que querían alcanzar. Con Bakunin y sus amigos, especialmente a través de la corriente autoritaria representada en la Internacional por Carlos Marx, el anarquismo no fué ya solamente una aspiración vaga de un arreglo social futuro, sino también un método de lucha, una guía, un movimiento, vale decir *la concepción libertaria de la revolución y del socialismo.* (1872).

Muerto Bakunin en 1876, las federaciones de la Internacional que tenían una orientación anarquista más decidida (la española, la belga, la jurasiana, la italiana) continuaron la elaboración de la idea anarquista en los congresos y en la prensa, hasta que en 1877 la Federación Italiana y en 1880 la Federación del Jura suizo llegaron a la formulación comunista del anarquismo (Malatesta, Cafiero, Reclús, Kropotkin, Grave, etc.).

Cesadas hacia 1882 las últimas secciones de la primera Internacional todavía subsistentes, el movimiento anarquista continuó autonómicamente, es decir, separado e independiente de todos los otros movimientos y partidos, su desarrollo y su camino.

* * *

La anarquía debe ser considerada — para comprenderla bien — en sus dos aspectos inseparables: 1° como tendencia y movimiento; 2° como programa de acción futura.

Como tendencia espiritual y perenne a la libertad del individuo y de los pueblos, vale decir a su liberación creciente de los vínculos exteriores y de las violentas coerciones patronales y estatales, — tendencia que en el terreno político y social se traduce en la revuelta perenne contra todos los abusos y las tiranías, en la conquista de una siempre mayor independencia individual y colectiva, — la anarquía representa el progreso infinito hacia el mejoramiento moral y material humano, y es en realidad el factor más importante de ese progreso.

En todos los campos esta tendencia se manifiesta, a menudo sin tener conciencia de sí misma y sin llamarse anarquista. Obra como fermento propulsor también entre los otros partidos, sin que lo adviertan y a su pesar.

En el campo religioso y moral ella es una revuelta contra los viejos prejuicios, que substituye a la fe en lo sobrenatural y en ultratumba con la fe en la voluntad humana y en su capacidad de realizar en la tierra el propio deseo de justicia. A la disciplina forzada impuesta por los curas y por los gendarmes opone la disciplina voluntaria y libre, que deriva del íntimo sentido del deber, de la comprensión verdadera del propio interés y del sentimiento de la solidaridad social.

En el campo político los individuos y las colectividades tienden a vivir y a organizar su propia vida independientemente del Estado, excluyendo toda su ingerencia y luchando contra sus pretensiones. En el campo económico los trabajadores tratan de emanciparse de la esclavitud del salario, de la torpe extorsión que los obliga a servir y dejarse explotar o a morir de hambre.

Todas estas tendencias, inconscientes y desparramadas un poco en todos los campos y movimientos sociales, en el movimiento anarquista propiamente dicho se organizan con plena conciencia de sí, se complican e integran la una con la otra.

La anarquía, pues, es la sumá de todas las tendencias a la libertad en religión, en moral, en política, en economía, en la ciencia y en la escuela como en el taller y en la plaza, en la evolución como en la revolución. El anarquismo costituye así un movimiento orgánico en sí, autónomo de todos los demás, pero que en la vida social participa en todas las luchas, aun que las hayan iniciado otros, que respondan a una o más de sus directivas y que en los métodos no estén en oposición con sus fines.

No teniendo que alcanzar miras materiales propias, individuales o de partido, el anarquista no sufre de celos: aprueba y ayuda toda reivindicación de libertad de cualquier partido que venga. Viceversa no teniendo lazos o vínculos políticos o de interés con ningún partido, combate sin miramientos todos los partidos y todos los movimientos en cuanto obstaculizan o contrastan con sus métodos y sus fines libertarios. El anarquista puede, por ejemplo, confundirse fraternalmente en las barricadas con republicanos, socialistas o comunistas cuando se baten contra el gobierno o el capitalismo, pero se levanta en armas contra cualquiera de ellos que se convierta o esté por convertirse en gobernante o explotador.

Dada esta concepción de la lucha y del movimiento, los anarquistas no se preocupan por las derrotas, porque hasta el día de su victoria total, se considerarán siempre derrotados, aunque otros, menos exigentes, entonen a su alrededor cantos de victoria. Saben ya que, hasta el día de la victoria, ellos estarán destinados de continuo a rehacer de nuevo su tela. Progresan, sí, pero su progreso no es visible, porque, siendo parcial, sirve a los demás y no a ellos, y otros pueden usurparles impunemente el mérito. Pero ¿qué importa? El progreso no deja de realizarse por esto.

El anarquismo ejerce directa e indirectamente su función de propulsor y de educador, sin renunciar a la lucha día por día, sin apartarse de los pequeños conflictos con el pretexto de reservarse para la batalla final. No subordina su actividad revolucionaria a prejudiciales dogmáticas ni a preventivas condiciones, menos la única de que la acción no contraste con su fin.

Los anarquistas no esperan una hipotética madurez de los tiempos o de la evolución para obrar, porque saben que la acción es lo que mejor hace madurar la evolución y los tiempos. Ni esperan a que todos los hombres estén educados para alzar bandera de libertad, porque saben que la libertad es la mejor educadora de hombres libres, y sin libertad la independencia del espíritu no puede ser más que el privilegio de pocos.

* * *

Sin descuidar la educación y tratando de obtener por ella toda la elevación moral que es posible en el presente régimen, para que al menos una minoría de rebeldes, de oprimidos y de explotados se haga digna de mejores destinos y adquiera fuerza y dignidad superior para vencer, no hay que olvidar que el mayor obstáculo a la elevación de los más, a su mejoramiento espiritual, está constituído por el régimen. Por esto el anarquismo se propone ante todo despedazar la dura envoltura del privilegio económico y político, para abrir a la mayoría el camino a nuevas experiencias y hacer posible para todos una educación de libertad.

Y he aquí que se delinea el fin que los annarquistas, conscientes de lo que quieren, dan a su específico movimiento de partido. Sin este fin preciso a que se quiere llegar, las tendencias y el movimiento que arriba he indicado, pronto se desligarían para fraccionarse al infinito y perderse poco a poco, absorbidos por los otros movimientos más organizados.

La primera organización, en el terreno de las ideas y de la propaganda, que dá valor a un movimiento y lo mantiene relativamente unido, es su programa de futuro: es el ideal que se quiere realizar lo más pronto posible.

A su vez este ideal sería estéril si no se exteriorizase a través de un movimiento homogéneo y coherente con él, si no interpretase tendencias y aspiraciones ya vivas en el alma humana. Ahora bien, el ideal que interpreta las tendendencias humanas y populares a la libertad y a la justicia social, vale decir a la igualdad en la solidaridad; el ideal que es la desembocadura lógica de todo el movimiento tendiente a libertar al hombre de la esclavitud económica y política a la vez, es el *comunismo anarquista.*

Los anarquistas quieren, con la propaganda, el movimiento y la acción propia — sea en tiempos normales de evolución más o menos pacífica, sea en el curso de una eventual revolución más o menos violenta — alentar y desarrollar las tendencias a la libertad y a la igualdad, combatiendo las tendencias, fuerzas e instituciones opuestas, para llegar a establecer una organización social en la que toda coerción violenta y autoritaria del hombre por el hombre esté eliminada y esté eliminada también, en consecuencia, toda explotación.

Una sociedad así, sin gobierno y sin capitalismo, no estaría ya dividida en clases o castas privilegiadas y otras defraudadas; es decir, en ricos y pobres, gobernantes y súbditos, propietarios y proletarios, aprovechadores y trabajadores. Estaría constituída por libres asociaciones, en las que todos los hombres serían trabajadores que tendrían los mismos deberes y los mismos derechos, cooperando a la producción de la riqueza común según sus fuerzas y voluntad, y gozando de la riqueza así producida en razón de sus necesidades, en los límites impuestos por las posibilidades materiales y por las circunstancias, y según convenios sociales libremente contraídos y consentidos.

Esta organización social basada en el consenso voluntario, en la ayuda mutua y en la cooperación libre será la anarquía.

Hoy que el comunismo es predicado (como lo fué ya en 1848, cuando se publicó el famoso *manifiesto* de Marx y Engels) también por una escuela autoritaria del socialismo, la cual no tiene en cuenta la necesidad humana de libertad y se forja la ilusión de que es posible llegar a la igualdad sujetando por la fuerza a los hombres y confiando su actuación obligada a un gobierno dictatorial, es bueno precisar que con ese sedicente comunismo no tienen nada que hacer los anarquistas.

Los anarquistas ven en la socialización de la propiedad y en su organización y gestión comunista en el terreno económico el mejor medio para producir más con el mínimo esfuerzo y para asegurar el máximo de libertad a todos y a cada uno, en cuanto jamás se podría decir libre quien no pudiese satisfacer en el límite de lo posible todas sus necesidades materiales y espirituales; pero no quieren imponer por la fuerza este sistema, ni que otros se lo impongan a ellos. La actuación del sistema la subordinan a la persuasión y aceptación de todos los que deberán actuarlo y vivirlo.

Los anarquistas no creen posible un comunismo impuesto desde arriba, un comunismo de Estado; y aunque fuese posible no lo querrían ni se adaptarían a él.

El capitalismo y el Estado no podrán ciertamente ser eliminados más que por la fuerza, a través de la revolución. Pero la fuerza o violencia puede destruir, no edificar; puede, por consiguiente, ser útil para demoler las instituciones que reputamos dañosas y vencer la violencia que se oponga a los novadores. Pero cuando se trata de levantar el edificio nuevo, la piqueta resulta inútil.

Para la reconstrucción social los anarquistas tienen un programa propio, al que nos hemos referido más arriba, pero para su actuación confían solamente en sí mismos y en los que con ellos consientan; y para el consenso ajeno cuentan sólo con la propaganda, la persuasión y con la libre experimentación; esto es, con la eficacia del ejemplo que se prometen dar al organizar socialista y libertariamente sus comunidades. Si la revolución encontrase o determinase un vasto ambiente favorable a la actuación de la anarquía, bien; de lo contrario los anarquistas no pretenderán imponer a los otros su régimen, y se limitarán a pretender para sí la libertad de actuar ellos dónde y cómo puedan, — en las regiones en las comunas, en las corporaciones, instituciones y agrupamientos de toda clase en que estén en número suficiente — el comunismo libre. A condición, se entiende, de entenderse fraternalmente con las otras colectividades para proveer por medio de pactos recíprocos a los superiores intereses comunes, al intercambio de los productos y a la eventualmente necesaria defensa de la revolución.

La asociación para la vida y para la lucha continuará siendo la ley de la vida, sea en el interior de cada comunidad, sea entre las varias comunidades más diversas y lejanas, con los desarrollos y temperamentos que el progreso material y moral originará. Así como el individuo no puede alcanzar su más amplia libertad sino por medio de la solidaridad humana, — sin la solidaridad el hombre sería todavía el salvaje de las cavernas, esclavo de los elementos y de su ignorancia y brutalidad — tampoco puede haber verdadera solidaridad humana sino entre hombres libres.

Y en efecto, una organización coercitiva es la que hoy, por medio de vínculos políticos y económicos antihumanos, tiene en pié la sociedad, indigna de este nombre; pero no une los corazones de los hombres que se buscan y se entienden del todo independientemente de ella, y encontrando en ella el mayor obstáculo. La ausencia de libertad impide la solidaridad.

Solidaridad y libertad son, pues, indisolubles, en la concepción y en la práctica de una sociedad humana realmente unida y fraterna. Por las mismas razones y del mismo modo son indisolubles, siendo el uno integración de la otra, el comunismo y la anarquía que, en el terreno práctico de la reconstrucción social, corresponden a los dos principios de la solidaridad social y humana y de la libertad individual y colectiva.

* * *

Los hechos no pueden ser más claros. Está probado hasta la evidencia que los muertos y heridos en el local de los sindicatos de París no eran comunistas y que los agresores pertenecen en cambio a ese partido. Pero los sirvientes de Moscú difunden en la prensa bolcheviqui y bolchevizante la versión antojadiza de que las víctimas pertenecen a su bando. ¿Se quiere mayor cinismo? De todo son capaces los profesionales de la intriga, de la calumnia y de la delación: hasta de asegurar que los crímenes de la "checa" son obra de los anarquistas.

Esto entienden por *anarquía*, en su mayor parte por no decir en su casi totalidad, los que en todas las naciones, en todas las partes del mundo, se declaran *anarquistas* y combaten en los más diversos campos del pensamiento y de la acción, bajo ese nombre, contra toda forma de tiranía espiritual, económica y política, en defensa de todos los oprimidos y de todas las libertades, y más especialmente al lado de la clase proletaria a la que casi todos pertenecen.

Ellos han aceptado este nombre de anarquistas, tan difamado en el curso de los siglos, sea como un desafío al viejo mundo y a los viejos prejuicios, sea porque sintetiza del modo más franco y característico su ideal de libertad y su ardiente deseo de liberación universal de todos los yugos económicos y políticos.

Este ideal y este deseo parecen hoy vencidos y sofocados por la prepotencia altanera del Privilegio, triunfador de la hora que pasa. Pero arden con una llama más viva y más intensa en lo íntimo de sus fieles, y les hacen latir más activamente el corazón y vibrar el cerebro. Estimulan la voluntad de una minoría cada vez más numerosa, más fuerte y más consciente para abatir las barreras que encierran a la humanidad en su infierno de sujeción y de dolor.

Cuando el núcleo de los convencidos y de los voluntariosos haya librado los caminos del porvenir de los obstáculos que hoy los obstruyen, los pueblos emprenderán de nuevo la marcha. Los hombres, libres al fin, sólo entonces serán verdaderamente dueños de su destino.

Luigi Fabbri

El anarquismo como movimiento social histórico

Una revista española había iniciado una encuesta sobre el siguiente tema: "¿Reclaman las circunstancias y las enseñanzas históricas alguna modificación o algún aporte nuevo al conjunto de las teorías que componen el comunismo anarquista?" Uno de los que contestaron (en el SUPLEMENTO de LA PROTESTA, número 84) fué Nettlau, y este compañero llegó en sus consideraciones a la conclusión de que no había nada nuevo que aportar ni que modificar en las ideas comunistas anarquistas mismas, sino en las concepciones demasiado estrechas, demasiado estacionarias, demasiado rutinarias de esas ideas. El mal que pudiera constatarse no está, pues, en la insuficiencia del anarquismo, sino en las interpretaciones falsas que les dan las mentalidades estrechas y sectarias. También el viejo Merlino expresa (en *Pensiero e Volontà*, número 1) el deseo de someter o de ver someter las ideas a una revisión completa.

Al estallar la revolución rusa, en casi todo el mundo produjo efectos fascinadores el triunfo bolchevista; una parte de los camaradas comenzó a tararear la canción de la necesidad de la revisión de nuestras ideas; decía que el anarquismo era incapaz de solucionar los vastos problemas actuales, que si no modificaba sus puntos de vista se condenaba al suicidio y a la impotencia. En realidad, esa fiebre revisionista no era más que un deseo de adaptarse a los métodos y a las ideas triunfantes en apariencia; la revisión que se intentaba tenía por objeto *armonizar* la intransigencia con los métodos de la autoridad que aparecían como el imperativo de la hora. La prueba de ello es que los que con tanto furor abogaban por la revisión de las ideas hace cuatro o cinco años, no están ya a nuestro lado, en su puesto de lucha por la libertad humana.

Mucho antes de la revolución rusa, al estallar la guerra mundial, hemos oído también la cantilena de la necesidad de una revisión de las doctrinas anarquistas a fin de que adquiriesen la elasticidad necesaria para transigir con las mentiras nacionalistas y con las seducciones patrióticas.

Pero no podemos desconocer que hay dos especies de propaladores del revisionismo de nuestras ideas: Una, la de los que esperan de esa revisión una justificación de transgresiones y desviaciones más o menos antilibertarias; otra es la de los revisionistas *racionalistas*, atormentados por verdaderas o pretendidas contradicciones filosóficas, y que quisieran basamentar los postulados de nuestras ideas en cimientos más sólidos; un amigo nuestro sostiene que el Kropotkinismo está demasiado asociado a los conocimientos científicos de una época dada y considera que la base más firme y sólida de nuestras ideas podría ser encontrada en las afirmaciones del neokantismo de la escuela filosófica llamada de Marburgo. Esta segunda especie de revisionistas son siempre útiles, porque remueven e inquietan los espíritus y plantean nuevos problemas o viejos problemas bajo nueva luz. Pero también significan un peligro cuando cada tendencia revisionista se transforma en una secta y constituye una capilla cerrada que estigmatiza todo lo demás como herético y malsano. Rusia, Holanda, también Alemania nos ofrecen ejemplos clásicos de abundancia de revisionistas; son incontables las escuelas anarquistas, las denominaciones, los grupos. Si investigáis la causa de esa división, en el fondo no encontraréis más que un personaje, un sacerdote que creyó hallar la cuadratura del círculo o la piedra filosofal; desaparece el sacerdote y desaparece la capilla.

En los países latinos, la subdivisión no llegó a un grado tan extremo como en Rusia y en Holanda, y puede decirse que nuestro movimiento no perdió nunca la conciencia de que es un movimiento social histórico de las masas populares y que es y debe ser un tanto independiente de los individuos personales considerados como centros absolutos de ideas, de sentimientos y de acciones. Es cierto que observamos en ellos anarquistas individualistas, anarquistas partidarios de la acción sindical o contrarios a ella y por los grupos de afinidad, anarquistas racionalistas (partidarios de las escuelas Ferrer), anarquistas antimilitaristas, etc, y cada uno de ellos se encierra más de lo conveniente en su mundo propio y expresa excesivamente una visión unilateral de las cosas. Sin embargo, el movimiento histórico es continuado, pese a esas divergencias. No sucede lo mismo en todas partes; por consiguiente vemos que en algunas regiones el anarquismo está muy lejos de ser un movimiento social mientras se expresa en grupos personas esporádicas que renegan sistemáticamente de todo pasado y sofocan, por tanto, en la impotencia toda continuidad con el porvenir.

En una palabra, frente a los que buscan la revisión de las ideas del anarquismo para justificar desviaciones o transgresiones, toda nuestra intransigencia es poca cosa para defender la pureza antiautoritaria de nuestras ideas. Frente a los que buscan un reforzamiento teórico o la discusión de un nuevo problema de honda filosofía, nuestra tolerancia debe ser tan grande como nuestra firmeza. Deseamos y fomentamos la existencia de los espíritus inquietos, de los eternos descontentos. Fomentamos la crítica permanente y el libre examen de nuestras ideas, pero sin perder de vista que el anarquismo tiene su trayectoria históricamente trazada; tiene sus ideas básicas y sus afirmaciones fundamentales y simples, y que el movimiento en general es un movimiento popular determinado por la historia y por la estructura social imperante, al cual debemos aportar nuestro concurso para avanzar en la dirección que tiene y no para desviarlo.

Si las conclusiones de todas las escuelas filosóficas existentes o de todas las ciencias estuviesen en contradicción con nuestros postulados fundamentales, el resultado no sería la muerte del anarquismo como movimiento social. Unicamente la experiencia real adversa podría significar su fin. El cristianismo dominó casi el mundo entero sin atenerse a los resultados de la ciencia o de la filosofía, aún pasando por encima de esos resultados. Y los más firmes adeptos de una doctrina, los mártires, los perseguidos, los más rebeldes, los más fieles, habría que buscarlos en los que se adhieren más con el corazón que con el cerebro.

Palpamos diariamente un ejemplo de que los movimientos sociales son inspirados por algunas ideas y sentimientos simples y no por graves razonamientos académicos. En el movimiento obrero moderno existen dos tendencias claramente definidas, irreconciliables: el marxismo y el anarquismo. Es una verdad que no necesita demostración, porque se constata a cada instante, que son muy pocos los marxistas que leyeron una página de Carlos Marx. La famosa obra *El Capital* es leída por los eruditos de la ciencia burguesa, no por los marxistas; de ella no tienen la más leve noción los millones de adeptos del socialismo autoritario. Y no nos sería muy difícil demostrar que Marx mismo es contrario a muchas afirmaciones históricas del marxismo. Pero el hecho de que el marxismo esté en contradicción con Marx no lo debilita en absoluto, porque jamás tuvo en el movimiento obrero muchos lectores la metafísica del autor de *El Capital*; el marxismo es un producto histórico que hubiera nacido sin Marx y que responde a la mentalidad de una parte de los seres humanos que no logró desprenderse de la influencia de siglos y siglos de servidumbre y de autoridad. Y poco más o menos diríamos del anarquismo: nosotros no calculamos el número de nuestros camaradas por las ediciones de nuestros libros o de nuestra prensa; sabemos que existen centenares de millares de anarquistas que no leyeron jamás un libro de Bakunin o de Kropotkin; saben que el anarquismo es un movimiento que tiende a la abolición del Estado, de toda autoridad, de todo privilegio, que aspira a la igualdad de los seres humanos, que predica el apoyo mutuo y la libre iniciativa, y eso, que lo saben por la tradición, porque se repite de padres a hijos, de generación a generación, les basta para empuñar la bandera de la anarquía y morir por ella si es necesario. Para ellos tiene muy poca importancia la armonía del anarquismo con los postulados darwinianos o con los del idealismo de la escuela de Marburgo; y para el movimiento en general el caso es muy idéntico.

Si el anarquismo fuera dependiente de pensadores o de filósofos individuales, quedaría estancado en la impotencia o presentaría cada año nuevo aspecto; seguiría los caprichos de la moda y perdería el contacto con su misión, que es la continuación histórica de un movimiento de reivindicación de sagrados derechos humanos.

Estamos muy lejos sin embargo de ser fatalistas y de negar a la voluntad sus derechos; creemos que en este sentido la interpretación y la actitud de Malatesta es, desde todos los puntos de vista, la más acertada y armónica con la naturaleza del movimiento revolucionario anarquista.

Pero sostenemos que todos nuestros esfuerzos deben tender a fortificar el movimiento histórico libertario y no a crear capillas doctrinarias que sólo reflejan vanidades individuales y que no pueden menos de dañar el conjunto de las fuerzas antiautoritarias. Es cierto que se puede llegar por muchos caminos, menos por el de la autoridad, al reinado de la libertad; por eso no podríamos prestigiar un método único de lucha y de propaganda. Partidarios del movimiento sindical o del grupo de afinidad, especializados en la acción antimilitarista o educativa, podemos engrosar, enriquecer el movimiento social histórico del anarquismo, siempre que no pretendamos haber descubierto la piedra filosofal y tener por consiguiente derecho a levantar una iglesia y a oficiar de supremos sacerdotes.

Cuando Rocker explicó en el congreso de Erfurt de los anarquistas sindicalistas alemanes (1923) la significación del federalismo, ha puesto bien de manifiesto lo que es un movimiento revolucionario en oposición al particularismo, o mejor dicho al ilogismo de los que suponen poder mejorarlo con las incesantes recetas y panaceas que lo desviarían de sus cauces naturales. Así como no hay derecho a perturbar con nuestros *descubrimientos personales* la labor de una organización que no quiere aceptarlos, tampoco debemos obstaculizar la evolución de un movimiento social que no admite todos los días nuevos Moisés. La revisión que necesita el anarquismo es impuesta por las mismas circunstancias de la vida; hoy, por ejemplo, no tenemos sino a título de curiosidad el *Catecismo revolucionario* de Netchaief y la *Revolutionaere Kriegswissenschaft* de Most, de los que no admitimos ya los principios. Para operar esta revisión hubieran sido inútiles las lamentaciones y los aspavientos hace cincuenta años; bastaron algunas décadas para que la táctica recomendada en esos escritos quede fuera de aplicación, sin necesidad de recurrir a grandes disquisiciones metafísicas. La revisión se ha realizado en este punto, como se realiza en todos, de un modo completamente natural y no cuando espíritus más o menos inquietos y atormentados o atacados de originalismo la solicitan, pues como Bakunin nos ha sugerido en más de una ocasión, los problemas que a nosotros nos toca resolver son de orden social, no individuales.

El anarquismo, como movimiento social histórico que es, no será ni debe ser dirigido, ni estará ni debe estar supeditado a lo que nuestro camarada Archinof, el autor del libro *Istoria machnovskogo dvigenia*, llamaría la "inteligentsia", es decir, la capa instruída de origen universitario o burgués.

Bien venido todo profundizamiento de nuestras ideas, todo descubrimiento de un nuevo matiz, toda sugestión en el sentido de una ampliación y de un fortalecimiento de la acción y de la propaganda anarquistas; si conseguimos que todos nuestros camaradas sean también revolucionarios conscientes, instruídos, es decir, cerebralmente anarquistas, tendremos motivos para alegrarnos; pero no olvidemos que la base de todo es ser anarquistas de corazón; sin esto no constituiremos un movimiento histórico y caeremos muy a menudo en sutilezas doctrinarias que pesarán como cadenas a nuestros pies. Vemos con simpatía las aficiones de muchos camaradas a comparar y a poner en armonía nuestras ideas con los resultados de tal o cual investigación científica o filosófica; hasta los alentamos a ello; sin embargo en nuestro fuero íntimo, si auscultamos las palpitaciones del corazón del movimiento anarquista, comprobamos que con la aprobación o contra la aprobación de la ciencia y de la filosofía, marchamos adelante, a probar en la piedra de toque de la realidad la virtualidad de nuestros postulados.

Nuestra inquietud por los errores que pudieran contener las ideas anarquistas no nos atormenta extraordinariamente; con el corazón sentimos que son justas sus aspiraciones cardinales y contribuímos con nuestro óbolo a realizarlas. Los errores en un movimiento social vivo son menos peligrosos que las verdades embalsamadas y cristalizadas. Lo sentimos justo y bueno, y no puede menos de ser verdadero también.

D. Abad de Santillán

———

EL ARTISTA Y EL ASNO

El escultor había terminado la estátua de Apolo. La colocó cuidadosamente en una caja rellena de heno. Cargóla en un carro, y se encaminó hacia el templo, donde el dios debería quedar instalado.

Pero, el camino por el cual había de transitar, estaba tan lleno de baches que, en una de las revueltas, el carro volcó. Caja y estátua cayeron al suelo, desparramándose el heno y quedando el dios de mármol tumbado sobre uno de los costados del vehículo. El artista, de pié junto a su obra, contemplábala transido de dolor. La catástrofe le anonadaba. Sin embargo, esperaría que alguien pasara, solicitaría su ayuda y volvería a comenzar de nuevo su lucha.

En eso, se acercó un asno. Detúvose ante el carro, y empezó a contemplar los destrozos causados por el accidente.

—Pero, ¡magnífico, magnífico! — rebuznó de pronto el animal.

Radiante de gozo, el artista preguntó al borrico:

—Mi buen asno, ¿de verdad te gusta mi estatua?

—¡Tu estatua? — repuso el orejudo— ¿Y quién te habla de tu estatua, A lo que me refería era a ese hermoso y perfumado heno, aquí desparramado.

Y, ávidamente, sin más cuidados por el dolor del artista, se puso a comer la fragante hierba. — Max NORDAU —

Eugenio Carriére y el Salón de Otoño

(Continuación)

Se organizan reuniones en el entresuelo de un pequeño café de la calle Blanche; se hacen listas de socios, se agrupa a la mal mal; se amalgaman a la diabla elementos muy heterogéneos; se enrolan las más opuestas voluntades; se recluta a la buena de Dios a descontentos, ambiciosos, ingenuos, pilletes, tímidos, exaltados, sinceros y arrivistas. De esa mezcla caprichosa cuyos matices no descubrí sino más tarde en el contacto diario, se destaca sobre todo Jorge Desvallières, alma ardiente de apóstol y de soldado, carácter leal y generoso que es imposible no amar desde el primer encuentro; Abel Truchet, muerto en el frente algunos meses antes del armisticio, amigo delicioso que se esforzaba en disimular su sensibilidad y su delicadeza bajo una verbosidad picaresca y espirituales bromas; Camilo Lefévre; siempre dispuesto al sacrificio; Carlos Plumet, que nos aporta, sin contar su iniciativa, sus relaciones, su tiempo, su inteligencia y su corazón; Chigot, lleno de entusiasmo y de buen humor; y otros que formaron el primer núcleo de nuestro estado mayor.

Gracias a milagros de tenacidad, de abnegación y de habilidad, pues el equipo, al partir, carecía de cohesión y de disciplina, el Salón de Otoño fué fundado. Fundado en principio y sobre el papel, porque no teníamos ni local, ni público, ni capital. ¿Qué decidir, qué tentar, por dónde comenzar, a qué puerta golpear? Nuestros conocimientos administrativos eran mediocres y nos faltaba radicalmente el sentido práctico. Pero nadie imagina la fuerza que emana de una creencia profunda, de un ideal preciso y de la voluntad de hacer triunfar convicciones apasionadas. ¡Sin eso!...

Rambosson, que estaba agregado como conservador adjunto al Petit-Palais, mantenía relaciones con el Consejo Municipal, y arriesgó solicitar a nuestros ediles, que no preveían mucho en qué trampa se les metía, la hospitalidad de los subsuelos sombríos y húmedos del edificio, subsuelos de que era imposible sacar el menor partido y que no parecían habitables sino para ratones, ratas y arañas. Ese monumento construído por un "premio de Roma", tenía por única finalidad exhibir una fachada desprovista de personalidad y de carácter, verdadera página de caligrafía; sin imaginación y desprovista de la preocupación de un uso práctico cualquiera, siguiendo el axioma de un profesor de la Escuela de Bellas Artes que afirmaba que el arte desaparece cuando el utilitarismo comienza.

¿Y el dinero para poner la máquina en movimiento? Sauvage, el arquitecto de la casa escalonada de la calle Vavin, uno de los raros inmuebles verdaderamente modernos que se hayan construído en París, fué a buscar valientemente a uno de sus clientes, Jansen, el tapicero de la calle Royale, que, sin hesitar, con un gesto fastuoso, a lo administrador general del siglo XVIII, consintió en ser nuestro proveedor de fondos y nuestro administrador general, poniendo, como única condición, que nosotros lo dejaríamos dueño de gastar todo lo que fuera necesario, afirmando que el Salón de Otoño debía tener un debut mundano, brillante y sensacional.

Como Ruy Blas, marchamos vivientes en nuestro sueño estrellado. Faltaba resolver la parte más importante, esencial, del programa: bastante despreocupados, reaccionarios por temperamento, los artistas, ¿responderían a nuestra llamada? ¿Colaborarían en nuestro esfuerzo? Por otra parte, el público es desconfiado y rutinario. Acostumbrado a los salones de Primavera, ¿qué acogimiento reservará a esta tentativa que iba a romper sus costumbres ancestrales? Para obligarlo a entrar en contacto con nuestra joven tropa, los Villard, los Bonnard, los Marquet, los Valloton, los d'Espagnat, los Roussel, los Guerin, los Dufrenoy, los Laprade, los Dethomas y algunos otros debutantes, cuyo talento conocíamos nosotros, pero que carecían aún de notoriedad, era necesario atraparlo hábilmente con nombres ilustres o familiares, que fueran, de alguna manera, los puntos atrayentes de nuestro afiche. Después de muchas hesitaciones, agravadas por mi estúpida timidez y mi horror por el oficio de solicitante, me encargué de reclutar un personal terriblemente difícil de manejar. ¡Qué suplicio! Comencé mi tournée por los amigos y relaciones personales, cuya mayoría me recibió con los brazos abiertos, alabando calurosamente nuestra original iniciativa. Rodin, entre otros, me cubrió de flores, declarándome que nuestro proyecto iba a revolucionar el mundo artístico, pero — había un pero — no sabiendo si tendríamos éxito y no muy deseoso de recibir las salpicaduras de un fracaso fatalmente estruendoso, prefirió esperar, ver como conduciríamos nuestro barco, y prudentemente se enroló en la falange cuando Marcel, que había reemplazado a Roujon en el ministerio, nos instaló en el Gran-Palais, a pesar de las vociferaciones furiosas de nuestros poderosos y numerosos enemigos, cuando, en una palabra, la batalla estaba ganada.

Por una ironía de la suerte y aplicando el sistema de las compensaciones de Azaïs, el éxito inesperado que obtuvimos en el comienzo, nos atrajo, sí, la adhesión tan deseada del autor de los *Burgueses de Calais*, del cual hicimos uno de nuestros presidentes de honor, pero ese triunfo imprevisto por poco provoca nuestra pérdida.

En efecto, los espectables que habían consentido en acordarnos su benevolente apoyo, pensando que el Salón de Otoño guardaría las modestas proporciones de una exposición de círculo, de sociedad privada o de aficionados sin importancia, experimentaron una amarga sorpresa constatando que nuestras recetas habían sido soberbias, que la prensa se había demostrado extremadamente elogiosa, que la vecindad de los jóvenes no les había sido siempre ventajosa y que nosotros habíamos adoptado una actitud muy agresiva, organizando una retrospectiva de Gauguin y de Cezame. ¿Cómo? ¿Entonces había que contar con nosotros? No era juego; nosotros trampeábamos y ya veríamos como los pontífices comprendían la protección hacia los recién llegados.

Carolus Duran, entonces presidente de la Nationale, convoca urgentemente a los asociados y sin vacilar, lanza el anatema contra los herejes: prohibición de exponer en el Salón de Otoño bajo pena de excomunión mayor; fuera de la Iglesia no hay salud, todo asociado convicto de haberse hecho admitir una de sus obras entre nosotros sería inmediatamente expulsado. Semejante sentencia equivalía a la pena de muerte. ¿Cómo, en efecto, una sociedad como la nuestra, débil y sin apoyo, podría luchar contra los poderosos salones oficiales? Pues nosotros esperábamos ver a los *Artistas Franceses* imitar el ejemplo de la *Nacional*, de ese grupo que, en otro tiempo, había enarbolado ruidosamente la bandera roja y se había separado de sus iguales en nombre de los sagrados principios de la independencia y de la libertad intelectual. Esa aprensión era vana, me apresuro a reconocerlo, porque los *Artistas Franceses* — ¿indiferencia, desdén o pudor? — no se ocuparon de nosotros. Esta actitud no duró por otra parte mucho tiempo. Al año siguiente, una delegación del Instituto, en son de guerra, bien calado el sombrero y el paraguas en el puño, se fué a ver al sub-secretario de Bellas Artes para obligarlo a retirarnos el Grand-Palais. El choque fué violento, pero Marcel resistió bien, rehusando obedecer a ese ultimatum. El ataque se renovó bajo otra forma, con un movimiento envolvente bastante hábil. El secretario de la Comisión encargado de examinar las solicitudes de concesión dirigidas al ministro, el arquitecto Pascal, presentaba un informe donde declaraba, sin parpadear, que reservando el Estado el Gran-Palais a las manifestaciones puramente artísticas — lo cual es inexacto desgraciadamente — el Salón de Otoño no poseía ningún derecho, ningún título, por cuanto éramos "una sociedad de marchands". El ministro podía estrangularnos sin frases con semejante informe; pero adivinando la intención, nos conservó bajo su techo, a pesar del rechazo de la Comisión soberana.

El peligro no dejaba con todo de ser grave. ¿Era admisible que un debutante, cuyos comienzos son tan difíciles, tuviera el heroísmo de renunciar a la tentación de una exposición primaveral, en el prestigioso decorado de los Campos Elíseos, en una época en la que París se transforma en el punto de cita de la riqueza y de la elegancia de todo el mundo, para preferir la suerte de hambre de un clan pasablemente bohemio, instalado no se sabe dónde — pues nuestro futuro no estaba asegurado — entre las brumas, las neblinas, las lluvias y el frío melancólico del otoño? La lucha de la pulga con el elefante se hacía simplemente ridícula y, una vez más, la vasija de barro no resistiría el choque de la vasija de hierro.

FRANTZ JOURDAIN

(Concluirá)

AGUAFUERTISTAS ARGENTINOS

JOSÉ ARATO — De paseo.

El ahorcado

En el gran caserón de enrejados ventanales estaba un joven criminal, a quien debían ahorcar en la próxima mañana... Y él soñaba. ¡Qué bella es la vida en la plena libertad! Aquí sufro. ¿Cómo y cuándo escaparé de esta maldita y estrecha clausura?

De pronto entró su Hermano y le gritó con ira salvaje: Prepárate; la horca está ya levantada... Tras la puerta de su maldita pocilga esperaban otras gentes. Y de pronto se le tornó cara la estrecha pocilguita, le era tan difícil despedirse de la pequeña ventana, dar un adios a las rejas espésas! Cayó a los pies de los hombres que vinieran a llevarle a la horca. Llorando, imploraba que le dejaran así siempre, en esta su pocilga, para tener la posibilidad de ver el sol y tras sus muros sórdidos sentir y presentir a la querida primavera..., sentir siquiera la circulación de su sangre, las palpitaciones de su corazón, y ver, por lo menos desde las agobiantes rejas, el azulado círculo del cielo. Sentirse, en fin, libre en el horror de su prisión.

———

Pero inútil, todo era en balde. Ya colgaba de la horca. Todos aquellos para quienes buscó la felicidad, le miraban curiosos, exhalaron luego unos cortos suspiros y cada uno se fué por donde vino.

En los alto del cielo corrían espesas nubes grises y de esas nubes descendió volando un águila. ¿Para qué ofreciste tu vida? — preguntó al criminal en cuyos ojos había un profundo dolor.

—Yo buscaba un poco de dicha y felicidad para los desamparados.

—¿Por quién, por estos pequeños de la tierra?

—Sí. Por estos pequeños de la tierra.

—¿ Y por quién? ¿Por ellos? — preguntó otra vez el águila.

—Por estos... Y señaló a algunos viandantes, detenidos junto á la horca.

———

Espantosamente empezó a lamentarse el corazón del criminal. ¡Ay!, empieza mi agonía! Se atemorizó el águila, extendió sus alas, y dijo: "Yo romperé esas densas y pesadas nubes, nos perderemos lejos en la altura del cielo... Sonrió la aurora, los gallos cantaban llamando al sol.

Y los ensueños de los eternos jóvenes, soñadores de las noches simbólicas, subieron sobre sus alas, alejándose de la prisión solitaria.

Sahara RAYSIN

———

La instrucción de una criatura no consiste en hacerle recitar textos ininteligibles. Consiste en darle a saber hechos, nociones, cosas útiles, cosas prácticas. Nada más absurdo que enseñarle a un niño en una lengua muerta quien fué Fabio, rey de los Sabinos.

Eça de QUEIROZ

HOGUERAS DE ODIO

(Dibujo de Ret Sellavaj)

El mujik y los funcionarios

Una vez había dos funcionarios. Ambos eran de cabeza huera y resultó que cierto día se vieron súbitamente transportados, como por una alfombra mágica, a una isla deshabitada.

Habían pasado la vida entera en una oficina donde se guardaba registros; allí se habían criado y allí envejecido, de suerte que no tenían la menor idea de lo que ocurría fuera de la oficina, y las únicas palabras que conocían eran: "Con las seguridades de mi mayor consideración, de su seguro servidor".

Pero la oficina fué suprimida, y no siendo ya necesarios los servicios de ambos funcionarios, se les devolvió la libertad. Los funcionarios retirados se establecieron en la calle Podyacheskaya, de Petrogrado. Cada uno de ellos tenía su casa, su cocinera y su pensión.

Al despertar en la isla deshabitada se vieron ambos tendidos bajo la misma manta. Al principio no se dieron cuenta de lo que les pasaba y comenzaron a conversar como si nada extraordinario hubiese ocurrido.

—¡Qué curioso sueño he tenido anoche, excelencia! — dijo uno —. Me pareció que me hallaba en una isla deshabitada.

Apenas pronunciadas estas palabras, se puso de pié de un salto. El otro funcionario se levantó, también de un salto.

—¡Oh, Dios! ¿Qué significa ésto? ¿Dónde estamos? — exclamaron con profundo asombro.

Se palparon mutuamente a fin de comprobar que no estaban soñando y por fin se convencieron de la triste realidad.

Delante de ellos se extendía el océano, y a sus espaldas, después de un trecho de tierra, el océano se extendía también. Empezaron a llorar, por primera vez desde la supresión de la oficina.

Se miraron uno a otro, y cada uno observó que el otro no vestía más ropa que el camisón de dormir y las insignias del cargo, pendientes del cuello.

—Esta es la hora en que debemos tomar café — observó un funcionario, pero dándose cuenta enseguida de la extraña situación en que se hallaba, rompió a llorar.

—¿Qué haremos ahora? — dijo, llorando —. Aún suponiendo que escribiéramos un informe, ¿qué sacaríamos?

—¡Oh! ¿Sabe usted, excelencia, lo qué debemos hacer? — respondió el otro funcionario —. Usted irá hacia el este y yo hacia el oeste. Al anochecer nos reuniremos de nuevo aquí, y es posible que hayamos conseguido algo.

Comenzaron, pues, por averiguar cuál era el este y cuál el oeste. Recordaron que el jefe de la oficina les había dicho cierta vez: "Si uno necesita saber dónde está el este, no tiene más que mirar hacia el norte: el este será el punto que quede a su derecha". Pero cuando trataron de averiguar qué lado era el norte no hicieron más que girar a la derecha y a la izquierda, y mirar a todos lados. Como habían pasado la vida en la oficina de registros, sus esfuerzos resultaron vanos.

—En mi opinión, excelencia, lo mejor sería que se dirigiera usted a la derecha y yo a la izquierda — dijo uno de los funcionarios, que había servido no sólo en la oficina de registros, sino también como maestro de escritura en la escuela para las reservas, y era un poco más inteligente.

Dicho y hecho. Un funcionario se fué por la derecha. Encontró árboles cargados de toda clase de frutas. Con mucho placer se hubiera adueñado de algunas manzanas, pero estaban tan altas que se habría visto obligado a trepar para alcanzarlas. Intentó trepar, pero fué en vano. Todo lo que consiguió fué desgarrarse su camisón de dormir. Siguió andando y llegó a un arroyuelo que abundaba en peces.

—Cosa admirable sería tener a mi disposición todo este pescado en la calle Podyacheskaya — pensó, haciéndosele agua la boca ante la idea del exquisito manjar. Andando aún penetró en el bosque y vió innumerables perdices, gallos silvestres y liebres.

—¡Dios mío, cuánto sabroso alimento! — exclamó. Su apetito crecía formidable.

Sin embargo, llegó al sitio convenido con las manos vacías. El otro funcionario lo esperaba ya.

—Y, excelencia, ¿cómo le fué? ¿Encontró algo?

—Nada, a no ser un número viejo de "La Gaceta de Moscú".

Los funcionarios se tendieron en el suelo para dormir de nuevo, pero los estómagos vacíos no les permitían reposo. En parte les quitaba el sueño el pensamiento de que otro estaría en ese momento gozando de su pensión, y en parte el recuerdo de las frutas, los peces, las perdices, los gallos y las liebres que habían visto durante el día.

—El alimento humano en su forma original vuela, nada o crece en los árboles. ¿Quién lo hubiera creído, excelencia? — dijo uno de los funcionarios.

—Confieso — replicó el otro — que yo creía que los panecillos de nuestro desayuno aparecían en el mundo tal como nos los presentan en la mesa.

—De lo que se deduce que si queremos comer un faisán, debemos cazarlo primero, después matarlo, quitarle las plumas y asarlo, pero ¿cómo se hace todo eso?

—Sí, ¿cómo se hace todo eso? — replicó el otro funcionario.

Ambos quedaron silenciosos y trataron de dormirse, pero el hambre ahuyentaba el sueño. Ante sus ojos pasaban bandas de faisanes y patos, y piaras de lechoncillos tiernos, jugosos y aderezados con aceitunas, alcaparras y encurtidos.

—Me parece que en este momento devoraría las botas — dijo uno de los funcionarios.

—Los guantes no son malos — agregó el otro — especialmente si son muy usados y se han puesto blandos.

Los dos funcionarios se miraron fijamente. En sus miradas brillaba un fuego amenazador, castañeteábanles los dientes, y un gruñido sordo les salía de la garganta. Lentamente se acercaron uno al otro y de pronto estallaron en un frenesí horrible. Entre aullidos y gruñidos se abalanzaron y el funcionario que había sido maestro de escritura arrancó de una dentellada las insignias de su colega y se las tragó. Pero al ver la sangre se aplacaron ambos y recobraron la razón.

—¡Dios nos asista! — exclamaron a un tiempo — ¡Íbamos a devorarnos! ¿Cómo ha sido posible que llegáramos a semejante extremo? ¿Qué espíritu perverso se burla de nosotros?

Debemos de tratar, cueste lo que cueste, de entretenernos para pasar amenamente el tiempo. De otro modo llegaremos al asesinato — dijo uno de los funcionarios.

—Empiece usted — dijo el otro.

—¿Puede usted explicar por qué el sol

se levanta y se acuesta? ¿Por qué no lo contrario?

—¡Qué hombre curioso es usted, excelencia! Lo primero que uno hace es levantarse, después va a la oficina y trabaja, y por la noche se acuesta para dormir.

—¿Por qué no suponer lo contrario, es decir, que uno se acuesta, ve toda clase de imágenes soñadas y después se levanta?

Sí, no hay duda de que es posible, pero cuando yo era funcionario, pensaba de esta manera: Ahora amanece, después será día, más tarde vendrá la cena y por fin llegará la hora de acostarse.

La palabra "cena" recordó el incidente que habían tenido y ambos funcionarios se sintieron invadidos por la melancolía, de suerte que la conversación sufrió una pausa.

—Un doctor me dijo una vez que los seres humanos parecen vivir cierto tiempo alimentándose de sus propios jugos — comenzó a decir uno al cabo de un rato.

—¿Qué quiere decir eso?

—¡Ah!: es muy sencillo. Unos jugos dan origen a otros jugos y éstos, a su vez, a otros, hasta que por fin, todos los jugos son consumidos.

—¿Y qué pasa entonces?

—Es preciso porporcionar nuevo alimento al organismo.

¡Al diablo!

Por diversos que fuesen los temas elegidos por los funcionarios, la conversación recaía invariablemente sobre el comer; lo que tenía por resultado aumentar más y más su apetito. Decidieron, pues, suspender la conversación, y acordándose de "La Gaceta" que uno de ellos había hallado, la tomaron y empezaron a leer con vivo interés:

"Banquete ofrecido por el mayor de la ciudad. — La mesa había sido preparada para cien comensales. Su magnificencia excedía a lo que se esperaba. Las más remotas provincias se hallaban representadas en el festín con los manjares y las primicias más costosas. El dorado esturión de Sheksna y el faisán plateado de los bosques del Cáucaso, se daban cita con las fresas, tan difíciles de obtener entre nosotros en invierno..."

—¡Ah, diablo! ¡Por favor!: no siga leyendo, excelencia! ¿No hay acaso algo más interesante para leer? — exclamó el otro funcionario desesperado, al propio tiempo que arrebataba el papel de manos de su colega y se ponía a leerlo él mismo:

"Nuestro corresponsal en Tula nos comunica que ayer se halló un esturión en el Upa, lo que constituye un acontecimiento sin precedentes, y lo más notable es que algunos habitantes reconocieron en ese esturión al ex capitán de policía. Con ese motivo se realizó un banquete en el club. La causa originaria del banquete fué servida en una gran mesa de madera, aderezada con encurtidos de vinagre. Un manojo de perejil le brotaba de la boca. El doctor P..., que actuó como orador, hizo lo posible para que a cada uno de los presentes le tocara una parte del esturión. Las salsas fueron tan variadas como delicadas..."

—Permítame, excelencia, me parece que usted no resulta más acertado en la elección de la lectura — interrumpió el primer funcionario, apoderándose de nuevo del ejemplar de "La Gaceta" para leer a su vez;

"Uno de los más antiguos habitantes de Viatka ha descubierto una receta nueva y muy original para la preparación de la sopa de pescado. Se toma un bacalao vivo (lota vulgaris) y se le azota con una vara, hasta que el hígado se le hinche de ira..."

Ambos funcionarios inclinaron desalentados la cabeza. Doquiera que detenían la mirada en el diario, leían algo que tenía que ver con cosas de comer. Sus mismas ideas giraban fatalmente alrededor de algo nutritivo y vanos eran todos sus esfuerzos para apartarlas de un jugoso bife; la imaginación volvía sin cesar a lo que tan ardientemente anhelaban.

De pronto el funcionario que había enseñado la escritura tuvo una gran idea:

—¡Resuelto el problema! — exclamó contento. — ¿Qué le parece, excelencia, si nos buscáramos un mujik?

—¿Un mujik, excelencia?, ¿qué clase de mujik?

—Un hombre del pueblo ordinario. Un mujik como todos los demás. Podría traernos los panecillos, cazar perdices y pescar para nosotros.

—No está mal. Pero ¿dónde conseguiríamos un mujik por aquí?

—¿Por qué no habría de haber mujiks aquí? Los hay en todas partes. Lo único que tenemos que hacer es buscarlo. Estoy seguro de que debe haber un mujik, oculto en alguna parte a fin de no trabajar.

Esta gran idea agradó tanto a los funcionarios, que instantáneamente se pusieron de pié y partieron en busca de un mujik.

Por largo rato recorrieron la isla, sin obtener el resultado deseado, hasta que por fin llegó a sus narices un olor concentrado de pan negro y de cuero de carnero, que los guió en la dirección conveniente. Allí, al pié de un árbol, yacía un mujik colosal, dormido y con las manos cruzadas debajo de la cabeza. Era evidente que se había refugiado en esa isla desierta con el propósito de librarse de su deber de trabajar. La indignación de los funcionarios no reconocía límites.

—¿Qué es esto? — le interrogaron airados. — ¡Tirado y durmiendo aquí, pedazo de haragán! ¿Quiere decir que no te importa que haya dos funcionarios a punto de morirse de hambre? ¡Arriba! ¡Camina! ¡Trabaja!

El mujik se incorporó, se puso de pié y contempló en silencio a los dos señores que le amonestaban. Su primer impulso fué el de escapar. Pero ambos funcionarios le habían aferrado los brazos. No tenía más remedio que resignarse a su destino. Debía trabajar. Empezó por subir a un árbol y bajar varias docenas de las manzanas más hermosas para los funcionarios. Para él se quedó con una podrida. Luego, cavó la tierra y cosechó algunas patatas. En seguida encendió fuego con dos pedazos de madera que frotó largo rato. Arrancóse un mechón de sus largos cabellos y fabricó un lazo para cazar perdices. Un instante después puso a cocer en el fuego, que ardía vivamente, tantas clases de alimentos y tan abundantes, que por un momento pasó por la mente de los funcionarios la idea de darle un poco a ese haragán.

Contemplando los esfuerzos del mujik, se regocijaron en lo íntimo de sus corazones. Habían olvidado que el día anterior sufrían hambre. Su único pensamiento era éste: "Excelente cosa resulta ser funcionario. Nada malo puede ocurrir jamás a un funcionario".

—¿Me permiten que descanse un rato?

—Bien; vete a descansar un rato; pero antes debes hacernos una cuerda muy fuerte.

El mujik juntó tallos de cáñamo, los puso a maceran en agua, los batió y los partió, y al llegar la noche estaba lista la cuerda fuerte y gruesa. Los funcionarios tomaron la cuerda y con ella ataron al mujik a un árbol para evitar que huyera. En seguida se tendieron para dormir.

Así pasaron los días, y el mujik adquirió tanta destreza, que había llegado a saber cocer, en sus propias manos, la sopa para los funcionarios. Estos se habían puesto gordos, y su aspecto revelaba el contento. Pensaban con regocijo que la abundante alimentación no les costaba nada y que, entretanto, el importe de sus pensiones se acumulaba en San Petersburgo.

¿Cuál es su opinión, excelencia? — preguntó uno al otro, cierto día después de almorzar. —

¿Cree que la historia de la torre de Babel es un hecho cierto, o simplemente una alegoría?

—¿Una alegoría? De ninguna manera. Tengo la convicción de que se trata de algo que existió realmente. ¿De qué otra manera se puede explicar la existencia de tantos lenguajes diferentes?

—Entonces: ¿el diluvio también tuvo lugar?

—Sin duda alguna: ¿cómo se explicaría, de lo contrario, la existencia de animales antediluvianos? Además, "La Gaceta de Moscú" dice....

Buscaron el número viejo de la "Gaceta de Moscú", se sentaron a la sombra, y leyeron la página entera, desde el principio hasta el final. Leyeron de fiestas y banquetes de Moscú, Tula, Penza y Riazan, y ¡cosa rara!, no experimentaban la menor incomodidad al enterarse de la descripción de los manjares exquisitos servidos en ella.

Este género de vida podía haber durado siempre así, pero llegó un tiempo en que comenzó a cansar a los funcionarios. Se acordaron de sus cocineras de San Petersburgo y hasta derramaron algunas lágrimas en secreto.

—Me gustaría saber qué tal está ahora la calle Podyacheskaya, excelencia — dijo uno de ellos.

—No me haga acordar de ello, excelencia: Siento, como quien dice, la nostalgia del hogar.

—Aquí se está bien. Realmente no hay nada que reprochar; pero el cordero siempre quiere volver al lado de la madre. Además, es lástima que nuestros brillantes uniformes permanezcan sin ser usados.

Empezaron entonces a importunar al mujik, a fin de que hallara algún medio para trasladarse a la calle Podyacheskaya. Por rara casualidad, el mujik sabía donde se hallaba la calle Podyacheskaya.

Cierta vez había bebido cerveza y aguamiel, aunque la suerte no le fuera muy favorable, pues, como se dice, todo había pasado por su barba pero nó por su boca. Los funcionarios se alegraron, y dijeron:

—Somos funcionarios de la calle Podyacheskaya.

—Y yo soy uno de esos hombres, ¿recuerdan ustedes, señores?, que en una tabla, suspendida muy alto, por medio de cuerdas atadas en el tejado, pintan la pared de la fachada; soy uno de esos que trepan por los tejados como moscas. Eso soy — replicó el mujik.

El mujik reflexionó muchos días en la forma de complacer a sus funcionarios, tan buenos con él, el haragán, que no le despreciaban el trabajo. Y por fin logró construir un barco; no era un barco perfecto, no era tampoco un barco, pero bastaba para cruzar el océano, a fin de llegar a la calle Podyacheskaya.

—¡Ten cuidado, perro! ¡No vayamos a ahogarnos por tu culpa! — dijeron los funcionarios cuando vieron la balsa que saltaba sobre las olas.

—No se alarmen, señores. Nosotros los mujiks, estamos acostumbrados a esto — dijo el mujik, terminando los preparativos para el viaje. Juntó plumón de cisnes y lo depositó en la balsa para que sobre él descansaran cómodamente los funcionarios. En seguida empuñó los remos y comenzó a remar vigorosamente.

Es imposible describir el susto de los funcionarios durante la travesía, y cómo reprendieron al grosero mujik, reprochándole su haraganería. El mujik remaba sin cesar, a no ser cuando servía arenques para la comida de los funcionarios. Al fin divisaron el Neva querido. Pronto se hallaron en el glorioso canal Catalina y poco después ¡oh alegría! pisaban la gran calle Padyachescaya.

Cuando las cocineras vieron a sus funcionarios tan bien alimentados, tan gordos y felices, se alegraron inmensamente. Los funcionarios tomaron café con panecillos de manteca, se pusieron los uniformes y se trasladaron en coche a la oficina de pensiones. Cuánto dinero cobraron es otra cosa que no puede ser descripta. El mujik no fué olvidado. Los funcionarios le mandaron, con el portero, una copa de aguardiente y treinta centavos... ¡Alégrate, mujik!

M. J. SALTIKOV
(*Schedrin*)

La ciudadana Sorgue ha muerto

La ciudadana Sorgue, activa militante de los medios socialistas y sindicalistas de ante-guerra, ha sido encontrada muerta en un cuarto del hotel Bonnington, en Londres.

Había ido a la capital británica como enviada especial del diario "La Independencia Belga", con la misión de entrevistar a Mac Donald, Clynes y Lloyd George.

La ciudadana Sorgue tuvo una vida muy accidentada. De origen burgués, poseía tierras en el Mediodía, las que abandonó, por así decir, a los paisanos que les daban valor, y se consagró apasionadamente al movimiento social.

Conociendo varios idiomas, muy culta, respondía graciosamente a todas las preguntas. Vestía frecuentemente de rojo, mujer hermosa, de palabra cálida y decisiva, sabía electrizar los auditorios y arrastrar a las multitudes.

Estuvo en la huelga de los marinos italianos en 1905; en la de los marinos franceses en 1906, a la continuación de la terrible catástrofe de Courriéres; al año siguiente, se la vió en Amsterdam, en el congreso internacional antimilitarista, con Miguel Almereyda, Domela Nieuwenhuis, etc. Al mismo tiempo se realizaba el congreso internacional anarquista que reunió a Malatesta, Schapiro, Rocker, Fabbri, Emma Goldman, Monatte, Beylie, Chapelier, etc.

La ciudadana Sorgue asistió a algunas sesiones.

Sorgue era una independiente.

Ningún partido puede reivindicarla completamente. Su doctrina era una expansión humanitaria y revolucionaria. Los viejos militantes que la vieron obrar en los momentos de peligro, la han apreciado, y guardan un buen recuerdo de ella deplorando su lamentable y prematura muerte.

R. BROUTCHOUX

Un tomo en 8°, de 268 págs. $ 1.20
Edición especial, papel pluma " 2.00
" " Encuadernado en tela " 3.50
Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera — PERÚ 1537 — Buenos Aires.

Sobre el teatro, el arte dramático, la canción popular, etc.

Hay dos maneras de concebir el teatro y hacer mover los personajes sobre la escena.

La primera consiste en escoger personages que simbolicen "virtudes" o "vicios", dotarlos de características que la tradición o el sentimiento público les atribuye, y luego conducirlos a través de ciertas circunstancias históricas o un medio social particular: esos personajes se mueven independientemente del autor, del dramaturgo, cuyo papel se reduce, únicamente, a *describirlos* con más o menos calor, colorido y pasión. Los presenta con más habilidad que originalidad, los rodea de un aparato escénico más o menos absorbente. El éxito de las obras en las que los personajes son así concebidos depende, en general, tanto del aparato escénico, de los efectos del lenguaje o de dicción de que se sirven los actores como de la fidelidad con la cual estos personajes representan la "virtud" o el "vicio", la "cualidad" o el "defecto", que *tienen la misión* de desenvolver.

La otra manera consiste en presentar personajes que encarnen personalidades y no abstracciones — personajes concebidos por el autor, nacidos en su pensamiento y moviéndose en él. Poco importa que los cree enteramente o acuda en ayuda de documentos para situarlos en un medio social o histórico dados, ellos no simbolizan una "virtud" o un "vicio" especial. Son tales como los quiere el determinismo personal, del cual el autor, su creador, los ha dotado. Son ambiciosos o desinteresados, pérfidos o valerosos porque eso está *en su naturaleza*. Dicho de otro modo: porque son, así, como el autor los ha querido. Son antipáticos o simpáticos a causa de sus gestos o de sus expresiones, no porque simbolicen la antipatía o la simpatía. El autor *se describe* en ellos. Son, justamente, sus criaturas. Traducen sus observaciones, sus aspiraciones públicas, a menudo secretas. Nos cuenta cómo habría obrado encontrándose en las condiciones en las cuales ha querido evolucionen sus personajes, qué circunstancias habrían sido necesarias para que triunfase o cediese el lugar. El aparato escénico sólo es, entonces, un complemento — lo que son las ilustraciones para una novela — y el oficio — es necesario en el teatro — únicamente consiste en hacer que la obra pueda representarse ante un público, y hacerla representar por actores adecuados.

* * *

Las obras en las que los personajes representan una "virtud" o un "vicio" tienen ésto de enojoso: que mantienen al espectador durante dos horas bajo la sugestión de lo inverosímil. En la vida real no se es siempre hipócrita, intrépido, devoto malvado o bondadoso. El más valiente tiene sus momentos de cobardía y el más hipócrita se muestra de vez en cuando veraz. No se es de la mañana a la noche Cid, Tartufo, Nerón, Poliuto, Horacio, Fedra. Hay momentos en que se "descansa". De otra manera sería tan fatigoso que no se podría soportar seis meses seguidos.

* * *

Lo que se aplica a los creadores, a los autores dramáticos, tiene también valor para los actores. Cuando éstos simbolizan una "virtud" o un "vicio", no representan un papel con caracteres vivientes: representan una abstracción: son la verdad, la mentira, el orgullo, el sacrificio. Cuando encarnan, por el contrario, un "personaje" su papel es otro: es un individuo dotado de vida real, con sus triunfos y sus fracasos, lo que se presenta ante el público. El éxito del actor no depende más, entonces, de la fidelidad a una interpretación clásica, sino de la originalidad — quiero decir de la sinceridad — de su juego.

* * *

¿Qué es una *canción popular*?

¿Es acaso esa poesía fácil, más o menos reñida con el Código poético y que comprende, absorbe con un mínimo de esfuerzo esa "categoría" social que se denomina *pueblo*? (Entre paréntesis, se supone al "pueblo" generalmente iletrado, dotado de sentimientos tronchados, vivaces, elementales por contraste con la "élite" que se *imagina* refinada, letrada, ornada de sentimientos artificiales). Pero esta definición peca por carencia de exactitud, ya que fragmentos de ópera o de ópera cómica, que han sido compuestos sólo para "diletantti", logran aclimatarse en la masa y le devienen familiares, bien que necesitando para ser asimilados cierto esfuerzo de la inteligencia. Se podría, pues, extender la definición de la *canción popular*: es toda poesía cuyas palabras o melodía — o ambas a la vez — tocan, conmueven, hacen vibrar, satisfacen la sensibilidad de las masas; excitan, impresionan la nerviosidad de las multitudes.

Se podría desear que se reservase el calificativo de *canciones populares* a las compuestas o escritas por "gentes del pueblo" — y hubo gentes del pueblo que fueron cancionistas. Pero las canciones populares, aquellas que se conservaron durante cierto tiempo en la memoria de las clases populares, no fueron imaginadas por "gentes del pueblo", propiamente dichas. Sus compositores o autores tienen una instrucción previa superior a la de la masa o se entregaron más tarde a estudios que ignora, en general, la plebe devinieron — con relación al medio — "intelectuales".

* * *

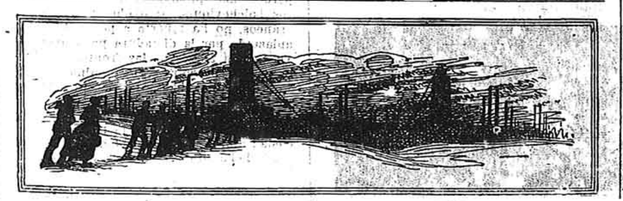
Denomino *cancionista popular* al poeta que se transporta, por la imaginación o la observación, al pueblo, al corazón de la categoría social hacia la cual le atraen su simpatía, sus afinidades, su curiosidad quizá.

Según la fidelidad o sinceridad con que traduzca o describa los gestos, los anhelos, las aspiraciones los goces los sufrimientos de lo que se llama "la plebe" es que será, más o menos, un "cancionista".

* * *

No tengo jamás en cuenta, cuando escribo o discuto de viva voz, al productor intelectual que produce para satisfacer las exigencias de una clientela, que hace teatro, canciones, novelas, sólo porque le reporta mejores estipendios que si trabajara en una fábrica de aperitivos o en el cultivo de hongos. Para mí no existe ese hombre. Si hay un género de explotación repugnante, es el de las artes o de las letras. ¡Oh, el inmundo oficio!

E. ARMAND



Luis Buchner

(*Continuación*)

En Würzburg, el doctor Luis Buchner se asoció especialmente a Rodolfo Virchow, cuya reputación científica era ya grande y cuya influencia determinó la marcha que el joven sabio iba a seguir en sus estudios médico-filosóficos. A su vuelta de Viena donde las celebridades médicas lo habían recibido con la mayor benevolencia, se entregó a la práctica de la profesión bajo la dirección de su padre, que le hizo trabajar en su laboratorio, rico en preparaciones anatómicas, hasta que fué nombrado médico adjunto y privat-docent en la clínica médica de Tubinga, dirigida entonces por el ilustre Rapp. El puesto no era famoso: debió contentarse con un alojamiento gratuito en la clínica con cuatrocientos florines de sueldo, pero tenía el pié en el estribo para hacerse profesor en una Universidad. Quedó allí tres años y publicó, fuera de las memorias relativas a sus ocupaciones profesionales, trabajos de medicina legal que aparecieron en la *Vereische Zeitschrift for die Staatsärznelkunde*, de Schroeder, Schirmeyer, etc. de Friburg-en-Brisgau. Sus estudios, siempre muy documentados, llamaron sobre él la atención de la sociedad badense de médicos, que le recibió en 1855 en el número de sus miembros de honor. Un trabajo que hizo sobre los cristales de hemina y sobre su significación desde el punto de vista médico legal, apareció en los *Archivos* de Virchow y le valió en 1860 la gran medalla de honor de la sociedad de los médicos legistas del gran ducado de Baden. Este trabajo apareció después, en 1861, con estudios sobre el corazón, la sangre, el calor y la vida, la célula, el aire y el pulmón, el cloroformo, bajo el título de *Cuadros fisiológicos*. El segundo volúmen no fué publicado hasta 1875 y contiene ensayos notables sobre el cerebro y sobre los nervios. También dió en Tubinga, ante auditorios crecientes, conferencias sobre la sífilis, la farmacología, el diagnóstico médico y la medicina legal. Esta última rama de las ciencias médico-legales, que le atrajeron por su faz humanitaria, se convirtió en el objeto principal de sus trabajos, y aprovechó en esa ocasión los nuevos resultados obtenidos por la fisiología y por la anatomía psicológica. Su lección de apertura en calidad de privat-docent sobre "la vida nocturna del alma en sus relaciones con la medicina legal" apareció después en un periódico badense y suscitó vivas polémicas, de las que pueden seguirse los rastros en los *Archivos* de Virchow, en los de Vierordt, en la *Deutsche Klinik*, en el *Vierteljahrschrift* de Praga, y en muchas otras publicaciones científicas de la época.

Buchner se preparaba también poco a poco para el profesorado universitario y hubiese seguramente brillado de veras en la cámara de enseñanza superior, cuando la célebre obra de Moleschott sobre la circulación de la vida le dió la idea de su libro: *Fuerza y Materia*, estudios de filosofía natural y experimental. Si este libro tiene un mérito o un carácter especial, decía Buchner en el prólogo de la primera edición, consiste sobre todo en el hecho de que el autor no ha retrocedido ante ninguna de las consecuencias, tan singulares como inevitables que se derivan de un estudio imparcial de la naturaleza basado sobre la filosofía experimental y que, sobre todos los puntos, ha confesado la verdad. No se puede hacer que las cosas sean de otro modo que como son, y nada nos parece más deplorable que los esfuerzos de algunos naturalistas para introducir la ortodoxia en el dominio de las ciencias naturales. El espiritualismo pierde terreno en razón de la rápida expansión de las ciencias experimentales, que permiten cada vez menos dudar de que el macrocosmos y el microcosmos estén sometidos, en todas las fases del nacimiento, de la vida y de la muerte, a leyes puramente mecánicas e inherentes de las cosas mismas. Partiendo de la noción de esa relación constante entre la fuerza y la materia, como de un principio inquebrantable, el estudio filosófico y experimental de la naturaleza llegará necesariamente a desterrar de un modo completo lo sobrenatural y el idealismo de la teoría del orden natural del mundo, representado como enteramente independiente de la acción de un nacimiento exterior cualquiera, que tiene su asiento fuera de la conexión natural de las cosas".

Buchner había debutado en la ciencia en el momento en que, bajo la influencia de Darwin, el transformismo comenzaba a imprimir a las ciencias biológicas una impulsión nueva. El, que amaba tanto la ciencia y le atribuía una misión tan elevada, no hubiera podido restringir su actividad intelectual a las especulaciones puramente teóricas y a las deducciones más o menos plausibles. Colocaba por encima de todo la observación escrupulosa de los hechos, pero quería también que, constatados definitivamente, el sabio pudiese sacar todas las consecuencias que implican, sin que ninguna barrera, cualquiera que fuere, obstaculizando su pensamiento. También era un transformista convencido. Su libro, que batió despiadadamente la concepción psicológico-metafísica del sistema del mundo, valió a su autor una celebridad europea, pero provocó al mismo tiempo una tal reacción que las autoridades académicas privaron al valeroso iconoclasta del derecho de enseñar en el porvenir. Era preciso una audacia poco ordinaria, reconoció después el doctor Buchner mismo, para presentarse en alguna forma como un ordenador y un juez y, reintroduciendo un método de observación filosófica en las ciencias naturales, llegar a resultados importantes y armónicos. La contradicción de los sabios especialistas, el desprecio y el sarcasmo de los mercaderes al por menor de la ciencia no podían tardar en venir; pero el tiempo triunfó de esas resistencias e hizo plena justicia a esta audacia. Como liberado de un lazo, el espíritu filosófico reemprendió de nuevo su vuelo y reapareció poco a poco en casi todos los dominios de las ciencias empíricas y, bajo este aspecto, el éxito fué completo. Apoyándose en la teoría del desenvolvimiento, tan largo tiempo olvidada y despreciada, las ciencias naturales avanzaron desde entonces en la dirección de una ruta nueva y brillante hacia su verdadero destino, que es el de ser las libertadoras espirituales de la humanidad.

Los límites que algunos naturalistas de renombre quisieron marcar a su ciencia, no tuvieron razón de ser, decía Buchner, y concluía bravamente, en una época en que había algún valor para hacerlo: una ciencia no tiene otros límites que los que le son asignados por el sujeto mismo, y nada es más insensato que querer imponer a las investigaciones del hombre (en tanto que no se extravían en el terreno del trascendentalismo) límites infranqueables y determinados *a priori*. El que intenta esta empresa es incapaz de elevarse jamás por encima de su tiempo y sobrepasar el nivel de los conocimientos de su siglo, y sería preciso verdaderamente que tuviese el don de la profecía para poder, en esas condiciones, determinar un juicio definitivo sobre la marcha futura de los conocimientos humanos. Si a un sabio se le hubiera ocurrido afirmar, hace un millar de años, que no se llegaría nunca a conocer a fondo la naturaleza de la serpiente de mar, o a saber algo preciso respecto a la piedra filosofal, el movimiento perpétuo, a la composición de las estrellas, a la formación de la tierra, al origen del hombre y del mundo orgánico, etc., hubiese producido en esa época justamente tanto efecto como hoy las declamaciones a la moda sobre la imposibilidad de resolver un tan gran número de "enigmas relativos al universo". Es sólo cuando se pone en juego la ciencia misma o el "por qué" de las cosas que ese modo de ver parece justificado. ¡No lo es tanto que nuestras investigaciones llevan a la conexión íntima, basada sobre la ley inviolable de la causa y del efecto, y que no nos ocupamos del "cómo" y del "por qué"! El único límite de nuestros conocimientos es la ignorancia, se-

gún la feliz expresión de Virchow, y como dijo Wieland, todo lo que podemos saber tenemos derecho a saberlo. Los entusiastas o los fanáticos de la ignorancia son, en su género, tan intolerantes como los de la fe y tanto más peligrosos cuando que saben cubrirse con las apariencias de la realidad objetiva, mientras que, en el fondo, eligen esa posición mixta sobre todo por el temor ridículo de incurrir en el reproche de ateísmo y porque no tienen el valor de ser consecuentes con sus ideas. Sí, en las cosas de la religión y en las que sobrepasan los límites del conocimiento sensible, no podemos hacer nada mejor que hincarnos de rodillas ante la sombra que proyecta nuestra propia ignorancia, habría que dudar de todo estudio, y, como advierte un escritor inglés, la suerte de los muertos parecería preferible a la de los vivos. Pero, mirándo de cerca, se apercibe uno que el famoso *unknowable*, lo incognoscible de nuestros modernos agnósticos, no es otra cosa que el antiguo "buen dios", caro a los teólogos y que se hizo ya aparecer en la historia de la filosofía bajo tantos disfraces diversos. Que se le llame "voluntad", "inconsciente", "cosa en sí", "alma universal", "razón del mundo", "incognoscible", la esencia no difiere: es siempre la misma idea fundamental, la misma aberración del antropomorfismo, la misma entidad obscura creada por ese temor a lo desconocido que dominaba ya al hombre de los tiempos primitivos, y que continuará dominando a los hombres civilizados hasta que el sol de la ciencia y la noción generalizada de la existencia de un orden independiente y natural de las cosas huyan hecho del "fiat lux" una verdad.

Sí, ciertamente, las ciencias naturales se hacen más y más las libertadoras espirituales de la humanidad, pero el autor de *Fuerza y Materia*, tan modesto como sabio, no elevó nunca la menor pretensión a haber llegado a este importante resultado él sólo; otras circunstancias y trabajos científicos del más grande valor han proporcionado su parte de colaboración. Pero en todos los casos fué él el primero que dió a estas disciplinas una impulsión vigorosa y sistemática. Todo lo que fué hecho antes de él en esa dirección, eran más bien aserciones ocasionales, o alusiones, indicaciones dadas por algunos sabios aislados, que provocaban a veces una sensación considerable, pero pasajera. El camino no fué allanado más que por *Fuerza y Materia*; la lucha quedó entonces abierta de tal modo, que se vió tomar parte en ella al mundo sabio y al mundo profano y no podía cesar sin haber producido un resultado positivo. Es en este sentido que se puede y que se debe decir de *Fuerza y Materia* que es una obra que ha hecho realmente época; este libro notable deberá ser y será citado y discutido en la historia de las ciencias, tanto tiempo como esa historia exista.

Francia en ese momento estaba aun sumida en la más negra reacción; el poder, en manos del hombre del 2 de diciembre, había amordazado la palabra, mutilado la prensa bajo las garras de la censura y extendido sobre todo el país como una inmensa losa de plomo bajo la que los ciudadanos no podían respirar libremente. El silencio era universal; puesto que se era molestado en la expresión de su pensamiento, las ideas quedaban ocultas en el fondo de las inteligencias y las gentes honestas esperaban con impaciencia el momento en que estallarían en hechos positivos. Los jóvenes de las escuelas sobre todo, sufrían a disgusto el yugo; veleidades de resistencia contra las lecciones truncadas de los maestros, que ponían su ciencia en regla con las doctrinas de la Iglesia, se presentaban por doquier; pronto iba a estallar la bancarrota del idealismo. En 1863, la primera traducción del libro de Buchner vió la luz en París; "este libro corto, nervioso, dice Paul Janet, un adversario, escrito con rapidez y claridad, cualidades nuevas en un libro alemán, puede servir para reunir todos los demás y contiene en pocas páginas todo el jugo de la doctrina. Es el sistema materialista más claro, más franco, más luminoso que haya aparecido en Europa después del *Sistéma de la Nature*.

La aparición de este libro fué como una centella caída en el centro de la reacción europea; en Francia sonó el cristal del espiritualismo; los espíritus, largo tiempo engañados por los sueños ilusorios de la metafísica y comprendiendo por fin la impotencia radical absoluta de la especulación para construir nada serio sin el socorro de la observación y el apoyo de la experiencia, iban en fin a refugiarse en la ciencia.

Cuesta algún trabajo darse hoy cuenta de la influencia ejercida por esta sola obra sobre el desenvolvimiento de las ideas revolucionarias en la ciencia, en la política, en la religión, en las artes; se puede seguir ahora paso a paso este progreso, que va, principalmente en lo que se refiere a Francia, desde los *Essais d'Histoire et de Critique*, una profesión de fe materialista de A. Regnard, publicada en 1865, de la *Révue encyclopedique*, con Clemenceau, Naquet, Onimus, Asseline, Farabouf, Toule, etc., del *Libre Pensée*, publicado en 1866 y en 1867 con Condureau, Letourneau, Lefévre, hasta el *Pensée Nouvelle*, que apareció al año siguiente, y a la Encyclopedie générale, en 1869, con Bertillón, Paul. Brocca, L. Combes, Castagnary, Marey, Ranc, Spuller, Jules Soury y algunos otros. Es en 1865 también cuando Jaclard, Protot, Rey, Rousselle, Rigault, Casse, Lafargue y cien otros, pasando la frontera, fueron a llevar al congreso revolucionario de los estudiantes de Lieja la "buena palabra, materialista y redentora"; es allí a donde las más grandes inteligencias del siglo acudieron, como Sócrates, a discutir con los jóvenes de veinte años sobre las cuestiones más árduas de la filosofía. Los estudiantes se concitaron las cóleras y los odios de toda Europa; nunca fué un congreso tan maltratado como éste, primera explosión de una juventud largo tiempo contenida; toda la prensa estuvo unánime en lanzar anatemas; la juventud estudiosa acababa de turbar su tranquilidad y su comercio de anuncios políticos; graves obispos, como Dupanloup, difundían por el mundo millares de libros denunciando el peligro social del ateísmo y del materialismo; los burgueses ventrudos, que aman sobre todo lo que no turba la tranquilidad pública ni el curso de la Bolsa, gritaban y pedían a los gobiernos una represión severa para esos atrevidos que procuraban implantar en todas partes las ideas subversivas del otro lado del Rhin. ¡Vanos esfuerzos! Había bastado este sólo libro: *Fuerza y Materia*, para poner fuego a la pólvora; desde entonces la brecha quedó abierta y se advirtió pronto que los excesos de las especulaciones metafísicas no habían destruido para siempre el gusto del pensamiento emancipado.

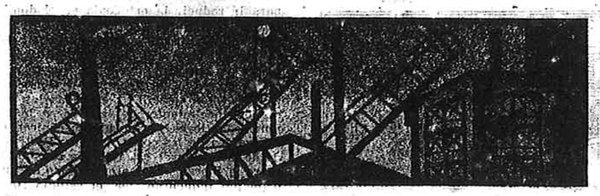
VICTOR DAVE

(Continuará)

UNA CONFERENCIA DE KROPOTKIN

En el próximo Nº. del SUPLEMENTO comenzaremos a publicar un trabajo cuyo solo anuncio llenará de alegría a los lectores; se trata de una conferencia de Kropotkin, pronunciada en Londres en 1888, traducida del original inédito en 1920 por el mismo autor al ruso. Unos meses antes de su muerte, la revisó y anotó: "Lista para la impresión". Kropotkin quería que esa conferencia fuese publicada antes que la gran obra sobre la "Etica" de la cual es algo así como un resúmen popular.

Esperamos que este trabajo, traducido del ruso para nuestro SUPLEMENTO, será acogido como merece. (Los lectores rusos pueden conseguirlo también en las ediciones "Golos Truda" de Moscú, en venta en nuestra librería).



UN MARTIR LIBERTARIO

En el momento en que la burguesía gubernamental se disponía a juzgar en Lausana al ajusticiador Conradi y su cómplice Polunin, quienes, para vengar a las innumerables víctimas de la tiranía bolcheviqui abatieron al agente de esa mascarada de sangre, Worowsky, los camaradas americanos celebraban la memoria de un mártir de la causa, León Tchorni, asesinado por la Tcheka. En Lausana hase puesto en movimiento todo el aparato de la justicia par condenar a dos hombres que al igual que Bruto, o Harmodio y Aristogitón, defendieron con riesgo de la vida lo que creyeron una causa justa.

Se ha visto a antiguos generales zaristas subvencionados por el oro moscovita venir a vomitar sus ignominias en el rostro de los prisioneros; se ha visto a un abogado judío que renunció a su patria y cambió de nombre para hacerse elegir en el gobierno federal, exigir la condena severa de los que se expusieron por una causa, que yo repruebo, pero que manifiesta una noble actitud, mientras los dignatarios no merecen otra cosa que desprecio.

En el momento en que escribo no sé cuál será el resultado del proceso que conmueve a toda la población del cantón, pero mi pensamiento se dirige hacia las víctimas anónimas de los Worowsky, Ourizky, Dzerjinsky y otros mercenarios. Hablaré solamente de una de éstas víctimas, del notable escritor cuya memoria se ha celebrado en Uew York. Dos diarios rusos, que ven la luz en América, el *Amerikanskie Izvestia* y el *Volna* (la ola) han publicado el retrato y una bibliografía de León Tchorni, pseudónimo de Pavel Dmitriyevitch Turtchaninow.

Hace unos quince años colaboraba yo, desde Lausana, en un diario ruso que se publicaba en Armavir, región de los cosacos del mar Negro, *Los Ecos del Cáucaso* (*Otkliki Kavkaza*) y leía con mucho interés los folletines histórico-sociales firmados por L. Tchorni (León Negro). Estos artículos, redactados en estilo sencillo, faltándoles un poco de la elegancia que proporciona una educación clásica se debían a la pluma de un obrero o de un joven campesino. Este autodidacta poseía un espíritu esclarecido y no pocas veces verdadera profundidad de pensamientos. Desde que la guerra suprimió toda comunicación con Armavir, no volví a saber nada de mi colega, quien me interesaba mucho y cuya muerte me consternó.

En Lausana, nadie ha elevado la voz para hacer un paralelo entre la muerte anónima del noble escritor y la del agente de los Soviets cuyo nombre, que significa "hijo de ladrones" (vorov,: ladrones) es bien merecido, porque arribó a Italia con unas cuarenta cajas con joyas, ornamentos de oro robados en Rusia. El Estado gastará unos cincuenta mil francos para juzgar a estos dos reos, pero no dará u centavo para encontrar los restos de Tchorni.

Después de la caída del zarismo, Tchorni fué secretario de la "Casa de la Anarquía" hasta el instante en que los bolcheviquis suprimieron esta organización despojando todo el local. Había organizado, también, la Guardia Negra para hacer oposición a las ideas centralizadoras y tiránicas de la Guardia Roja. Tchorni había organizado cerca de Moscú una imprenta para publicar las obras anarquistas, pero, so pretexto de que se había arrojado una bomba contra la casa de la dirección de los bolcheviquis, éstos invadieron la imprenta, robaron los caracteres y confiscaron las máquinas; dos camaradas fueron muertos defendiendo esa imprenta social; centenares de libertarios fueron detenidos entre los cuales se encontraba Leon Tchorni.

En Samara, todos los anarquistas, denunciados por Rozanov, un agente provocador, fueron arrestados.

Cuando los anarquistas llegaron a las celdas de la Tcheka encontraron allí otros prisioneros libertarios de Nijni-Novgorod, de Ivano-Voznecensky y todo el Comité de los socialistas maximalistas (socialistas revolucionarios enemigos de los bolcheviquis).

Los camaradas encarcelados, reconociendo en él un hombre de valor, pese a su natural taciturno, le rogaron les diese conferencias; todos habían oído hablar de las obras que había publicado sobre la Sociometría, ciencia fundada por él, y sobre la Anarquía por asociación (associatsionny anarkhizm).

Dictó cursos, entonces, que sorprendieron a los mismos socialistas, partidarios de un gobierno fuerte.

En los ratos de ocio, Tchorni esculpía piezas de madera para ajedrez. Había inventado un nuevo juego de ajedrez democrático con un tablero doble y con un número mayor de piezas. Esperaba por este medio hacer más popular el juego del ajedrez.

Tchorni, con el fin de poderse dedicar al estudio, había residido en París, donde para ganarse la vida se hizo chofer. Por la noche estudiaba en la biblioteca de Sainte-Genevieve.

A su retorno de París cayó enfermo, y para poder suministrarle los cuidados del caso, su hermana, semidemente, había vendido toda la biblioteca del pobre muchacho, todos los libros que él había comprado privándose de lo más necesario. Fué un golpe terrible para León. Sin embargo no se desanimó y trabajó con redoblado ardor para comprar nuevos libros. Tenía excelente memoria y había asimilado sus lecturas, como lo demostró en sus obras sobre la Asociación anarquista.

Por la noche, en las prisiones de la Tcheka, veía conducir a numerosos camaradas a quienes se iba a fusilar porque rehusaban convertirse en sopiones de los bolcheviquis y así evitar los malos tratos. Tchorni rechazó siempre estas proposiciones; también él fué fusilado una noche sin proceso alguno.

Este noble joven, este intrépido intérprete de las ideas libertarias, debería ser siempre para los anarquistas un acicate para perseverar en la defensa de la verdadera libertad para todos.

G. BROCHER

P. S. — Extraemos las siguientes líneas de un artículo del *Volna*, de octubre de 1923:

"Matando a Tchorni, los bolcheviquis creían asestar un golpe mortal al anarquismo. Pero han errado la puntería. León Tchorni ha sido asesinado, otros millares de anarquistas y revolucionarios torturados perecieron en las celdas de la Tcheka, en las prisiones del destierro, pero el anarquismo sepulto, borrado por los bolcheviquis, arrojado en los subterráneos, no ha muerto a pesar de todo; aplastado por la dictadura proletaria, vive, pasa a través de las fronteras gubernamentales, respira a pleno pulmón, aporta a la humanidad agotada una buena nueva, una nueva revelación para finiquitar con el mal, la violencia, la explotación, para crear sobre la tierra una sociedad libre, sin autoridad, sin látigo, sin Tcheka, sin patíbulos, sin verdugos".

G. B.